



Lágrimas del pasado. Superación del proceso de duelo de la Guerra Civil española a través de rituales de paso¹

Tears of the past: Overcoming the mourning process of the Spanish Civil War through rituals of passage

Francisco J. Leira-Castiñeira

IECPOLGOB-IHJCB-Universidad Carlos III de Madrid, España

Raquel Martín-Ríos

Universidad Rey Juan Carlos, España

KEYWORDS

Grief
War
Post-Traumatic Stress
Rituals

ABSTRACT

This research addresses the complex grieving process experienced by relatives who have lost a loved one in the context of the Spanish Civil War and its impact on mental health. It discusses how the death of a family member in conflict situations can complicate the grieving process. A study is presented that uses both qualitative and quantitative sources to analyze the association between various variables related to the grieving process. The results of the examined data report symptoms associated with a grieving process that was unauthorized by the surrounding environment of the time. However, our results reflect that institutional support and the performance of rituals in memory of a loved one are crucial for the grieving process. Collectively, these findings underscore the importance of grief-related practices in conflict contexts.

PALABRAS CLAVE

Duelo
Guerra
Estrés Postraumático
Rituales

RESUMEN

Esta investigación aborda el complejo proceso de duelo experimentado por los familiares que han perdido a un ser querido en el contexto de la Guerra Civil española y su impacto en la salud mental. Se discute cómo la muerte de un familiar en situaciones de conflicto puede complicar el proceso de duelo. Se presenta un estudio que aborda fuentes cualitativas y cuantitativas para analizar la asociación entre diferentes variables asociadas al proceso de duelo. Los resultados de los datos examinados reportan sintomatología asociada a un proceso de duelo desautorizado por el entorno de la época. Sin embargo, nuestros resultados reflejan que la ayuda institucional y la realización de rituales en memoria de un familiar son fundamentales en la elaboración del duelo. En conjunto, estos hallazgos evidencian el valor de las prácticas derivadas del proceso de duelo en contextos de conflicto.

RECIBIDO: 19/11/2025

ACEPTADO: 19/01/2026

¹ Esta investigación aborda el complejo proceso de duelo experimentado por los familiares que han perdido a un ser querido en el contexto de la Guerra Civil española y su impacto en la salud mental. Se discute cómo la muerte de un familiar en situaciones de conflicto puede complicar el proceso de duelo. Se presenta un estudio que aborda fuentes cualitativas y cuantitativas para analizar la asociación entre diferentes variables asociadas al proceso de duelo. Los resultados de los datos examinados reportan sintomatología asociada a un proceso de duelo desautorizado por el entorno de la época. Sin embargo, nuestros resultados reflejan que la ayuda institucional y la realización de rituales en memoria de un familiar son fundamentales en la elaboración del duelo. En conjunto, estos hallazgos evidencian el valor de las prácticas derivadas del proceso de duelo en contextos de conflicto.
Este trabajo ha sido financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación e Universidades a través de un contrato Ramón y Cajal (RYC2023-045639-I).

Cómo citar este artículo / Referencia normalizada: (Norma APA 7^a)

Leira Castiñeira, F. y Martín-Ríos, R. (2026). Lágrimas del pasado. Superación del proceso de duelo de la Guerra Civil española a través de rituales de paso. *Prisma Social revista de ciencias sociales*, 52, 225-247. <https://doi.org/10.65598/rps.5918>

1. Introducción

Jean Allouch (1995), en su obra, subraya la complejidad que encierra la muerte de un ser querido. Este acontecimiento traumático supone un punto de inflexión en la vida de una persona, ya que obliga a adaptarse a una realidad nueva marcada por la ausencia del fallecido. La muerte, y especialmente la de un familiar cercano, exige una profunda reorganización de las referencias personales. Implica replantear la propia identidad, reinterpretar el yo y revisar los significados asociados a los roles que desempeñaba la persona fallecida en la vida cotidiana (Arribas, 2020).

Reconocer la pérdida requiere que los dolientes movilicen sus recursos personales y emocionales para asimilar la ausencia física del ser querido y reconstruir el vínculo afectivo en un plano simbólico. Este proceso permite mantener la relación de otra forma, ya no basada en la presencia material, sino en el recuerdo, la memoria y el significado otorgado a la relación vivida (Stroebe y Schut, 2001). Esta necesaria reubicación simbólica del fallecido en el espacio psíquico del doliente es lo que se conoce como proceso de duelo, un elemento central de análisis en este artículo, tanto desde una perspectiva individual como colectiva. Conviene destacar que el duelo es una experiencia emocional normativa, que puede manifestarse a través de síntomas diversos y difícilmente cuantificables. No obstante, su relevancia clínica ha sido reconocida recientemente como una entidad nosológica específica en la última edición del *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (American Psychiatric Association, 2022).

Desde una perspectiva cultural y social, la obra de Roland Barthes, *La muerte del autor* (2018 [1968]), al reflexionar sobre el duelo por la muerte de su madre, amplía la comprensión del duelo al mostrar que no se trata únicamente de una experiencia individual. El duelo implica también un proceso colectivo, en el que la comunidad debe redefinir su realidad ante la ausencia de una de sus figuras. En esta misma línea, Dominick LaCapra (1998, 2001) y Judith Butler (2004, 2009) señalan que el duelo conlleva implicaciones sociales y políticas. Ambos autores sostienen que el duelo no puede reducirse a una reacción emocional privada, sino que constituye una manifestación de la sociabilidad inherente a la vida humana.

Para afrontar el dolor de la pérdida, las distintas culturas han desarrollado a lo largo del tiempo ritos de duelo (Collins, 2009; Kübler-Ross y Kessler, 2007). Estas ceremonias permiten a los familiares honrar al fallecido y facilitan una separación progresiva entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Al tratarse de elementos culturales compartidos, los rituales se convierten en prácticas sociales que ayudan a mitigar el sufrimiento colectivo, otorgando al fallecido un lugar de reconocimiento, memoria y significado dentro de la comunidad. Este tipo de rituales no es un fenómeno reciente. Diversas excavaciones arqueológicas han demostrado que los ritos funerarios se practican desde el Paleolítico, lo que pone de manifiesto su profunda raíz antropológica y su función esencial en la gestión social de la muerte (Ariès, 1977; Binford, 1988 [1983]; Hernando Gonzalo, 1997; Humphreys y King, 1982; Yoffe, 2014).

El objetivo de este artículo es analizar la incidencia del duelo patológico derivado de la pérdida de seres queridos durante la Guerra Civil española y explorar los mecanismos de transmisión intergeneracional de este sufrimiento. Asimismo, se aborda el papel que desempeñaron los ritos de paso en la mitigación de las consecuencias psicológicas asociadas a estos procesos de duelo. El eje central de esta investigación se fundamenta en la existencia de numerosas víctimas de la violencia de la Guerra Civil española que aún permanecen sin identificar y sepultadas en fosas comunes, cunetas, antiguos campos de batalla o en lugares afectados por bombardeos aéreos. Estos escenarios evidencian la transformación del conflicto en una auténtica guerra total, donde las fronteras entre el frente y la retaguardia, así como entre civiles y combatientes, quedaron progresivamente diluidas. Aunque muchos familiares intentaron recuperar los restos de sus seres queridos durante la posguerra, y estos esfuerzos se intensificaron con la llegada de la democracia,

no fue hasta tiempos recientes que se organizó un movimiento social para dignificar su muerte (Solé, 2008; Ferrández, 2014; González Ruibal, 2016; De Keragant, 2023). En base a lo expuesto, se plantea la hipótesis de que la incapacidad de cerrar adecuadamente el proceso de duelo ha llevado a que sea la generación de los nietos y nietas quienes, en la actualidad, están luchando por recuperar los restos de sus antepasados. Aunque no vivieron directamente esos eventos, buscan sanar las heridas familiares, personales y sociales que aún persisten. La denominación de víctimas viene provocada por la construcción retórica que de las dictaduras de totalitarias de la primera mitad del siglo XX se la popularizó en el plano social. Sin embargo, son muchos los autores que defiende que la actitud de estos individuos no fue pasiva y la resistencia activa o pasiva es una parte fundamental de la comprensión de quienes fueron las personas por las que lloran las siguientes generaciones. Se puede aplicar a los que se organizaron en armas contra el golpe de Estado y a los resistentes de los bombardeos, incluso, la actitud de muchos condenados a muerte en las cárceles franquistas o integrados en el ejército sublevado (Cabana, 2006; Leira Castiñeira, 2020). Un aspecto similar sucedió en contextos como en las guerras civiles rusa y griega, en la que el enfrentamiento causó un daño irreparable a causa de la politización de ambos bandos (Shubin, 2025, Sakkas, 2025).

Este artículo, de carácter interdisciplinar, analiza cómo se manifiesta el duelo en los períodos de posguerra, centrándose en el caso de la Guerra Civil española. No obstante, como han señalado otros historiadores, las experiencias de duelo y fractura social que siguieron a este conflicto presentan importantes similitudes con las vividas tras la guerra civil irlandesa de 1917, que enfrentó a partidarios y detractores del tratado con el Reino Unido y dio lugar a una lucha fratricida. Estas dinámicas han sido ampliamente representadas en el ámbito cultural, como muestra la película *El viento que agita la cebada* (O'Halpin, 2025; Dolan, 2023). Pretende contrastar empíricamente la interpretación psicoanalítica según la cual el trauma no desaparece con la generación que lo sufre directamente, sino que puede "transmitirse" hasta la tercera generación (Kaës, Faimberg et al., 1996). Esta perspectiva ha sido defendida, para el caso español, por autoras como Anna Miñarro y Teresa Morandi (2012), a partir de marcos teóricos y estudios previos desarrollados en otros contextos históricos y sociales (Alexander, 2009, 2012; Eyerman et al., 2011; Eyerman, 2011; Giesen, 2014). En este sentido, el trabajo constituye la primera aproximación empírica sistemática a este fenómeno en el ámbito estudiado. Además, explora cómo los acontecimientos traumáticos de la guerra y la posguerra pueden dejar una huella duradera en la memoria cultural y social de una comunidad, influyendo en la forma en que las sociedades afrontan pérdidas y violencias posteriores. La combinación de métodos cuantitativos y cualitativos permite ofrecer una comprensión más completa y matizada de la experiencia del duelo, situada siempre en su contexto histórico, social y cultural (Leys, 2000; LaCapra, 2009).

Este estudio encuentra su justificación teórica en la carencia de análisis profundos y sistemáticos sobre las repercusiones psicológicas sufridas por las víctimas. Si bien se ha estudiado la naturaleza de la violencia y el rol de los perpetradores, además de avanzar en la recuperación de restos de víctimas de la Guerra Civil española, poco se ha investigado sobre el impacto psicológico tanto en la generación que vivió el conflicto como en sus descendientes. No se ha profundizado en cómo el duelo transmitido afecta la decisión de los nietos de recuperar los restos de sus familiares, ni en el papel que desempeñan la comunidad y el Estado en el proceso de exhumación o en la realización de rituales funerarios, considerados como una parte esencial de un proceso social orientado a sanar las heridas del pasado. La impronta de la violencia ha sido estudiada principalmente en relación con los combatientes. Destacan, por ejemplo, los trabajos de Peter Leese (2002) sobre los británicos que lucharon en la Segunda Guerra Mundial, así como los de Ben Shepard (2002) sobre soldados de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Vietnam.

En este sentido, además de su carácter metodológicamente innovador —al tratarse del primer estudio que aborda esta problemática de manera empírica mediante una metodología interdisciplinar que integra la Historia, la Antropología y la Psicología Social—, este trabajo ofrece una aproximación novedosa y transversal a una dimensión del conflicto que ha sido poco explorada. Asimismo, amplía el foco de análisis más allá de los combatientes e incorpora a otros colectivos, como los familiares de las víctimas pertenecientes a distintas cohortes generacionales, con el objetivo de analizar cómo se ha transmitido el duelo a lo largo del tiempo, combinando para ello metodologías cualitativas y cuantitativas.

Desde el punto de vista metodológico, este estudio adopta un enfoque mixto, que combina técnicas cualitativas y cuantitativas con el objetivo de comprender en profundidad las consecuencias psicosociales de la guerra en los familiares de las víctimas. En la vertiente cualitativa, se realizaron entrevistas directas entre los años 2006 y 2010, utilizando la metodología de la historia de vida, entendida como una entrevista semiestructurada que comienza con el recuerdo de la infancia de la persona entrevistada y avanza de manera progresiva hasta abordar aspectos de su vida adulta y su situación actual. Este recorrido biográfico permite situar la experiencia del conflicto y de la pérdida en una trayectoria vital más amplia. De forma complementaria, el estudio incorpora el análisis de datos cuantitativos obtenidos mediante instrumentos psicológicos estandarizados, lo que permite contrastar y enriquecer los relatos biográficos con indicadores empíricos sobre el impacto emocional y psicosocial del trauma. La combinación de ambos enfoques facilita una lectura integrada de la experiencia del duelo, articulando narrativas personales y mediciones objetivas. Gracias a este enfoque narrativo y mixto, fue posible captar no solo los acontecimientos vividos por los participantes, sino también sus percepciones subjetivas, emociones, estrategias de afrontamiento y formas de resignificar la experiencia traumática a lo largo del tiempo. De este modo, el análisis permite observar cómo el impacto de la violencia se inscribe en la memoria individual y familiar, y cómo se transforma en función del contexto social, del paso de las generaciones y de los marcos culturales disponibles para elaborar el duelo.

En paralelo, el estudio incorporó un análisis cuantitativo basado en la aplicación de instrumentos estandarizados de evaluación psicológica a los familiares de víctimas de la guerra. Para ello, se diseñó un protocolo específico con el objetivo de analizar las dimensiones emocionales y cognitivas asociadas al duelo y al estrés postraumático. Entre las herramientas utilizadas se incluyó la Escala de Impacto del Evento Revisada (*Impact of Event Scale-Revised*, Weiss y Marmar, 1997), que permite evaluar tres síntomas característicos del trastorno de estrés postraumático: la evitación, la hiperactivación y la intrusión. Asimismo, se aplicó el Inventario Breve de Afrontamiento (*Brief COPE*, Carver, 1997), que proporciona información sobre las estrategias que utilizan las personas para enfrentarse a situaciones adversas, ya sean adaptativas o desadaptativas. Otro instrumento utilizado fue la Escala de Estrés Percibido (*Perceived Stress Scale*, Cohen et al., 1983), que mide el grado en que los participantes experimentan su vida como impredecible, incontrolable o abrumadora. Finalmente, el Inventario de Duelo de Texas Revisado (*Texas Revised Inventory of Grief*, Faschingbauer et al., 1987) permitió explorar la intensidad, persistencia y características del duelo experimentado por los encuestados. Este abordaje cuantitativo permitió identificar patrones comunes en las reacciones emocionales y conductuales de los familiares, así como contrastarlos con las narrativas personales obtenidas a través de las entrevistas. Además de estas herramientas estructuradas, se ofreció a los participantes la posibilidad de redactar, sin ninguna restricción de extensión, una descripción libre de los hechos relacionados con la muerte o desaparición de sus familiares. Estos relatos espontáneos fueron especialmente valiosos para enriquecer el análisis cualitativo, ya que reflejan con mayor profundidad el impacto emocional del suceso, especialmente en aquellos casos en los que el índice de duelo era más elevado.

2. Duelo y guerra. Un punto de partida teórico

La elaboración del duelo se intensifica en situaciones bélicas debido a la naturaleza inesperada de las pérdidas, lo que deja una marca más profunda en la psique del individuo. En contextos donde la muerte era omnipresente, como en las retaguardias de la guerra civil española, era más probable que surgieran duelos incompletos o persistentes. Los familiares de las víctimas de la violencia bélica y de la posguerra desarrollaron lo que se conoce como trastorno de duelo prolongado (Boss, 2001). Este trastorno se manifiesta a través de diversos síntomas, entre los que destaca una extrema dificultad para aceptar la pérdida, particularmente cuando esta ocurre de manera abrupta o traumática (Tizón, 2004; Vedia Domingo, 2016). En estas situaciones, tanto en los familiares como en el seno de una comunidad, pueden generar un estado de negación profunda, lo que aumenta los niveles de estrés, pensamientos intrusivos e incluso problemas de salud (Casado, 2001; Vargas Soriano, 2003).

Es particularmente doloroso, ya que no solo se enfoca en la pérdida sino, también, en lo que no se pudo vivir, incrementando sentimientos de melancolía y la idealización de una realidad no vivida debido a la guerra (Goldbeter-Merinfeld, 2003). Por otro lado, consideramos que en España se experimentó lo que se denomina "duelo desautorizado", un tipo de duelo que, a pesar de implicar una pérdida, no cuenta con el mismo reconocimiento o comprensión por parte del entorno social (Alcántara et al., 2017). Por lo que esa pérdida, al no poder ser abiertamente reconocida, no puede ser expresada públicamente o recibir el apoyo social adecuado (Doka, 2002). Estos eventos de naturaleza traumática desestructuran las redes de solidaridad que normalmente acompañan la muerte, haciendo desaparecer el apoyo comunitario y colectivo (Savage, 1992). Fue lo ocurrido en cualquier de los casos que han sido estudiados en el presente artículo: muertes en combate, bombardeos (que fueron más intenso a partir de 1937), violencia mediante juicio, asesinato a sangre fría, muerte por enfermedad o falta de alimentos (Preston, 2011; Matthews, 2013; Del Arco, 2020), en definitiva, lo que provocó la guerra civil en el frente y en la retaguardia tras el golpe de Estado, que en función de días la realidad cognoscible y conocida mudó radicalmente, y la muerte se volvió repentina.

3. Duelo transmitido y ritos de paso: el caso español

El contexto de violencia vivido por quienes experimentaron de primera mano la Guerra Civil española y la posguerra provocó una profunda desestructuración de las redes de solidaridad comunitaria en la España del siglo XX. Este proceso de desintegración social obligó a una dolorosa adaptación a una realidad marcada por la ausencia definitiva de los seres queridos desaparecidos, una ausencia que afectó tanto a las trayectorias individuales como al conjunto de la sociedad. La Guerra Civil destruyó un entramado social que se había ido configurando desde el siglo XIX, basado en vínculos comunitarios, prácticas colectivas de sociabilidad y rituales compartidos en torno a la vida y la muerte.

Esta destrucción se vio agravada por la combinación de violencia sistemática, control sociopolítico y cultural durante la posguerra, el hambre, el silencio —en muchos casos autoimpuesto como mecanismo de supervivencia— y la imposibilidad de recuperar los restos de los fallecidos, lo que impidió cerrar los procesos de duelo (Fernández Prieto y Leira Castiñeira, 2024). Considerada por la historiografía como el primer conflicto contemporáneo de Guerra Total (Preston, 2013), la Guerra Civil española desdibujó la distinción tradicional entre frente y retaguardia. La introducción sistemática de la guerra aérea convirtió a la población civil en un objetivo militar prioritario, haciendo que la violencia y el terror se integraran en la vida cotidiana y no quedaran circunscritos al campo de batalla, con consecuencias traumáticas de larga duración. La represión en la retaguardia, particularmente en las zonas controladas por los sublevados, acentuó el miedo

y provocó un profundo silencio entre las familias de los denominados "vencidos". Este silencio no solo fue una estrategia de supervivencia, sino también un factor que dificultó la elaboración del duelo y la transmisión intergeneracional de la memoria (Cazorla, 2000). Las duras condiciones materiales, la represión política y la necesidad de priorizar la subsistencia inmediata contribuyeron a relegar las expresiones abiertas de dolor, postergando los procesos de duelo a generaciones posteriores. Este tipo de dinámicas no fue exclusivo del caso español. Más allá de la victimización pasiva, recientes estudios, como los de Arnabat y Puente (2015), proponen reinterpretar estas vivencias desde la noción de resistencia cotidiana. En su análisis de los bombardeos sobre Barcelona, estos autores sugieren que las personas que soportaron estos ataques no fueron meros objetos del terror, sino sujetos activos capaces de sobrellevar y resistir la violencia aérea. Este enfoque permite entender que el duelo no solo estuvo marcado por la pérdida y el miedo, sino también por formas de resistencia simbólica, emocional y comunitaria que se perpetuaron en la memoria colectiva. Sin embargo, se debe tener en cuenta que el análisis realizado no distingue, por el momento, estos aspectos señalados anteriormente.

Fenómenos similares se produjeron durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente en países que vivieron procesos de ocupación y resistencia armada, como Italia, Francia o Grecia, donde la violencia prolongada generó profundas fracturas sociales y políticas (Kalyvas, 2008; Ventrone, 2025; Sakkas, 2025; Lostec, 2025; Osti, 2025; Tsoutsoumpis, 2025; Martín-Ríos y Leira-Castiñeira, 2025). En Irlanda, estas fracturas fueron aún más persistentes, al prolongarse la violencia política durante décadas, hasta la desaparición del IRA en los años ochenta. En todos estos contextos —España, Italia, Francia, Irlanda y Grecia—, la coerción, la persecución y la falta de libertades contribuyeron a la desaparición o distorsión de rituales sociales fundamentales para elaborar la muerte de un ser cercano. La imposibilidad de recuperar los cuerpos de muchas víctimas y combatientes, arrojados a fosas comunes, impidió realizar los ritos de despedida necesarios para procesar el duelo y cicatrizar las heridas emocionales, agravando así el sufrimiento colectivo. Por todo ello, más de ochenta años después del conflicto, persiste una lucha social y política por dignificar la muerte de las víctimas, recuperar sus restos y restituir su lugar en la memoria pública.

Para poder cerrar heridas, se mantiene cómo hipótesis de este artículo, la funcionalidad de los rituales conmemorativos. Abarcan un amplio conjunto de procesos que comienzan con la preparación del propio acto y culminan en su celebración pública o privada. Estos rituales permiten a las personas en duelo interactuar activamente con la pérdida tanto en el plano cognitivo como en el emocional. Desde el punto de vista cognitivo, facilitan la reconstrucción de esquemas mentales alterados por la muerte, el aprendizaje de nuevos roles familiares, sociales o incluso políticos, y la reorganización de la identidad tras la pérdida. En el plano emocional, los rituales ayudan a dotar de sentido a la relación con la persona fallecida, a interiorizar aquello que se tuvo y ya no se podrá recuperar, y a afrontar sentimientos complejos como la culpa, la ambivalencia o la impotencia (Pacheco, 2001).

Desde una perspectiva antropológica clásica, estos procesos pueden entenderse a la luz de la teoría de los rituales de paso, formulada por Arnold van Gennep. Según este autor, los rituales asociados a momentos de transición vital —como el nacimiento, el matrimonio o la muerte— cumplen la función de guiar a los individuos y a las comunidades a través de tres fases fundamentales: separación, margen o liminalidad, y reintegración. En el caso de la muerte, el ritual permite separar simbólicamente al fallecido del mundo de los vivos, acompañar a los dolientes en un espacio liminal de suspensión del orden cotidiano y, finalmente, facilitar la reintegración de estos en la comunidad con una nueva posición social marcada por la ausencia del ser querido. Autores posteriores, como Victor Turner, profundizaron en esta idea al subrayar el carácter colectivo y performativo de los rituales, entendidos como espacios de comunitas, donde

el dolor individual se transforma en experiencia compartida y socialmente reconocida. De este modo, los rituales no solo ordenan el tránsito del fallecido, sino que también protegen a la comunidad frente al desgarro social que provoca la muerte. Aunque los rituales conmemorativos han evolucionado históricamente y se han adaptado a las creencias religiosas, culturales y políticas de cada sociedad, un elemento central de estas prácticas sigue siendo la presencia de los restos mortales en el acto de despedida. La materialidad del cuerpo permite anclar simbólicamente la pérdida, haciendo visible aquello que ya no está. En un intento de dar forma a la ausencia, las personas necesitan relacionarse con lo invisible, establecer un vínculo tangible con la muerte y reconocer públicamente la realidad de la pérdida (Allué, 1998; Collin, 2009; Magaña et al., 2022). Cuando estos rituales se ven interrumpidos o negados —por violencia política, desapariciones forzadas o enterramientos en fosas comunes—, el proceso de duelo queda incompleto. La imposibilidad de acceder al cuerpo y de realizar el ritual de despedida rompe el ciclo del ritual de paso, dejando a los dolientes atrapados en una liminalidad prolongada que dificulta la elaboración del duelo y amplifica el sufrimiento individual y colectivo.

Para llevar a cabo el análisis cuantitativo sobre los familiares de las víctimas de la guerra, se implementó un protocolo específico diseñado para investigar los aspectos psicológicos relacionados con el fenómeno del duelo como se ha explicado en la introducción. La muestra utilizada en este estudio estuvo conformada por un total de 83 participantes familiares asesinados durante el golpe de Estado, la contienda o la posguerra civil, compuesta por un 42.2% de hombres (35) y un 57.8% de mujeres (48). La edad media de edad fue de 58.9 años, con una desviación estándar de 13.3 años. En cuanto a la relación de parentesco entre quienes cubrieron el cuestionario y la víctima, un 10.8% (9) eran lo eran de primer grado, un 68.7% (57) de segundo grado, y un 20.5% (17) de tercer grado, por lo que la mayoría forman parte, eran de la generación de los hijos/as o de los nietos/as, que permite indagar en la transmisión del duelo persistente a los que no lo vivieron en primera persona. Las circunstancias de la muerte del familiar de los participantes fueron de un 16% (13) como consecuencia del golpe de Estado, un 49% (41) durante la guerra civil y 35% (29) durante la posguerra. La recolección de la muestra fue incidental no probabilístico ya que el reclutamiento se realizó contactando con diversas instituciones para obtener una muestra amplia sociológicamente. Las que mayor interés mostraron fueron las con asociaciones de víctimas de la guerra civil/posguerra y asociaciones de memoria histórica activas en España. Sin embargo, también colaboraron instituciones como el Memorial Democratic de la Generalitat de Catalunya, el Proyecto Interuniversitario “Nomes e Voces” formado por las tres universidades gallegas, el Instituto de Historia y Cultura de Defensa del Ministerio de Defensa y diversos grupos de investigación de toda España. Todos los participantes cumplimentaron un consentimiento informado y fueron informados del carácter confidencial y anonimizado de sus respuestas al amparo de la Ley Orgánica 3/2018, de 5 de diciembre, de Protección de Datos Personales y garantía de los derechos digitales (BOE núm. 294, de 6 de diciembre de 2018). Además, esta investigación cuenta con la aprobación del pertinente Comité de Ética de Investigación.

Tras el análisis de las fuentes orales de personas que vivieron el duelo de forma directa tras la pérdida de un familiar, surge la necesidad de examinar si ese malestar emocional se ha transmitido a las generaciones posteriores. Esta transmisión implicaría la perpetuación del sufrimiento en personas que no vivieron de manera directa el contexto histórico en el que se produjo la violencia. Este proceso puede entenderse a partir del concepto de posmemoria, que hace referencia a la forma en que quienes experimentaron el duelo legan su experiencia a sus descendientes a través de relatos, silencios, gestos o actitudes (Hirsch, 2021). Este “legado” intergeneracional del trauma puede manifestarse en distintos síntomas relacionados con el duelo y el malestar psicológico, convirtiendo a las generaciones posteriores en “testigos secundarios” de

los acontecimientos traumáticos vividos por sus antepasados (Zeitlin, 1998; Assmann, 2016). Aunque estas generaciones no vivieron directamente la violencia, sí crecieron en entornos familiares marcados por la pérdida, el miedo y el silencio.

En este estudio se analizó la relación entre tres elementos principales: el grado de consanguinidad con el familiar afectado, las estrategias de afrontamiento empleadas para gestionar la pérdida y la presencia de sintomatología de estrés postraumático en los familiares. Cada persona desarrolla formas particulares de enfrentarse a situaciones adversas, conocidas como estrategias de afrontamiento. Estas pueden clasificarse, de manera general, en dos grandes tipos: estrategias evitativas, basadas en la negación, el silencio o el distanciamiento emocional, y estrategias activas, que implican la confrontación del recuerdo y la elaboración consciente del evento traumático (Lee, 1995). A partir de esta distinción, el estudio examina si el tipo de relación familiar influye en la elección de una u otra estrategia de afrontamiento entre quienes sufrieron la pérdida de un ser querido en este periodo histórico. Este fenómeno afectó de manera especialmente intensa a los familiares de las víctimas de la violencia ejercida durante la Guerra Civil española, tanto en el frente como en la retaguardia. Sin embargo, el impacto traumático fue particularmente profundo en la retaguardia controlada por los sublevados. En estos espacios, el miedo a hablar de lo ocurrido se impuso entre quienes fueron considerados, según la terminología franquista, como los "vencidos". La represión sistemática y la posibilidad real de persecución ante cualquier expresión pública de duelo o recuerdo generaron un silencio forzado, que interrumpió la transmisión intergeneracional de la memoria.

Esta ruptura en la comunicación familiar provocó que, en muchos casos, las vivencias y los relatos sobre lo sucedido se transmitieran de forma diferida, a menudo décadas después, o mediante formas indirectas, como gestos, silencios prolongados o la percepción infantil de una tristeza constante en el entorno familiar. La represión no solo impuso el silencio, sino que también desestructuró los mecanismos tradicionales de duelo y memoria, lo que explica que las expresiones abiertas de dolor fueran relegadas o suavizadas con el paso del tiempo. Este proceso se vio agravado por las duras condiciones materiales de los primeros años de la dictadura franquista, marcados por la miseria y el hambre. Como señala Antonio Cazorla (2016), las prioridades cotidianas ligadas a la supervivencia inmediata dejaron poco espacio para elaborar el duelo. En este contexto, la necesidad de afrontar la escasez eclipsó las expresiones de dolor, aplazando el luto o transformándolo en manifestaciones más discretas y ocultas. El impacto de esta situación se hizo especialmente visible en las generaciones posteriores. Muchas personas de la segunda generación, hijas e hijos de las víctimas, solo accedieron al conocimiento de lo ocurrido muchos años después, cuando los relatos comenzaron aemerger, a menudo de forma fragmentaria o a partir de pequeños indicios familiares. Este fenómeno ayuda a explicar la escasa visibilidad social del duelo entre las familias de los vencidos, así como la dificultad para articular públicamente estas memorias durante la dictadura y, en parte, incluso durante la transición democrática.

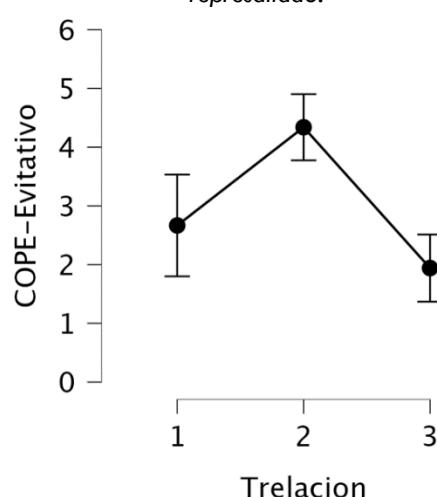
Los resultados del análisis revelaron diferencias significativas en las estrategias de afrontamiento en función del grado de consanguinidad ($F(79, 2)=2,992, p=0,036, \eta^2=0,070$). En concreto, encontramos diferencias en el tipo de estrategias utilizadas entre el grupo de 2º y 3º consanguinidad ($p=0,012$). Los familiares de segundo grado mostraron una mayor tendencia a emplear estrategias evitativas, como la negación, el uso de sustancias, la desvinculación comportamental, el distanciamiento mental y el uso del humor, en comparación con los familiares de tercer grado. Estos hallazgos sugieren que las personas de generaciones posteriores han recurrido con mayor frecuencia a estrategias de desvinculación y negación para enfrentar los eventos traumáticos relacionados con sus familiares directos, como hermanos o abuelos (ver Figura 1). Entendemos que el silencio impuesto por el franquismo impactó de manera especialmente profunda en la generación que lo vivió en primera persona, en comparación con sus descendientes.

La represión, el silencio, el hambre—que paralizó cualquier intento de resistencia contra el franquismo—y el recuerdo transmitido de la violencia bélica, tanto en la retaguardia como en el frente, contribuyeron a un relato duro para esos familiares que perdieron a un familiar. En consecuencia, resulta plausible que su reacción natural sea querer desvincularse del mismo.

Aunque desde los inicios de la transición hubo un interés por conocer el pasado, no fue hasta fechas recientes, principalmente a partir del año 2000, cuando surgió un movimiento social que impulsó dos aspectos relevantes: un incremento en las investigaciones sobre la Guerra Civil y la aprobación de leyes de memoria tanto a nivel estatal como autonómico a partir de 2006. Este enfoque en acciones que dignifican a las víctimas puede explicar el cambio observado en los familiares de tercera generación hacia el uso predominante de estrategias de afrontamiento activas (la búsqueda de apoyo social, el enfrentamiento directo, la resolución de problemas, la expresión emocional o el autocontrol emocional).

Figura 1.

Tendencia a utilizar estrategias evitativas según el grado de consanguinidad con el familiar asesinado o represaliado.



Nota. La gráfica refleja que familiares de 3º consanguinidad (nietos) son los que menos exhiben estrategias de afrontamiento evitativas respecto a los demás grupos.

Elaboración propia.

La figura 1 representa la puntuación media obtenida en la subescala de afrontamiento evitativo del *Inventario Breve de Afrontamiento* (Brief COPE, Carver, 1997), categorizada según el grado de parentesco con la víctima directa de violencia política. En el eje vertical (ordenadas) se muestran los valores de tendencia evitativa, mientras que en el eje horizontal (abscisas) se distingue entre tres niveles de relación consanguínea: (1) familiares de primer grado (por ejemplo, hijos o hermanos), (2) familiares de segundo grado (sobrinos, primos), y (3) familiares de tercer grado (nietos o generaciones más jóvenes). Los resultados evidencian un patrón claro donde cuanto más cercano es el vínculo biológico con la persona asesinada o represaliada, mayor es la propensión a emplear estrategias de afrontamiento de tipo evitativo. Específicamente, los familiares de segundo grado presentan la media más alta en este tipo de respuestas, seguidos por los de primer grado. En contraste, los de tercer grado son quienes registran las puntuaciones más bajas, lo que indica una menor tendencia a afrontar el duelo mediante evitación.

La evitación implica esfuerzos conscientes o inconscientes por evitar pensamientos, emociones o situaciones asociadas al trauma. Estas estrategias pueden incluir desde la negación del sufrimiento hasta la minimización del impacto del evento, la distracción o la desvinculación emocional. Aunque en algunos contextos pueden actuar como mecanismos protectores a corto plazo, su uso persistente

suele estar relacionado con una mayor cronificación del duelo y mayores dificultades de adaptación a largo plazo. El descenso en las puntuaciones observadas en los familiares de tercer grado podría deberse a múltiples factores. En primer lugar, el paso del tiempo y la distancia generacional pueden haber atenuado la vivencia emocional directa del trauma. Muchos de estos nietos no fueron testigos de los hechos ni convivieron con sus consecuencias inmediatas, sino que han accedido a la memoria del evento de forma mediada, a través de relatos familiares, archivos o procesos de exhumación recientes. En este sentido, su relación con el trauma tiende a articularse más desde lo narrativo y político que desde lo afectivo inmediato, lo que podría fomentar un tipo de afrontamiento más reflexivo o comprometido, pero menos marcado por la evasión emocional.

A continuación, se analizó (figura 2) la relación entre el grado de consanguinidad y la manifestación de sintomatología asociada al trastorno de estrés postraumático (TEPT), centrándose en las tres dimensiones que lo componen: síntomas intrusivos, síntomas de hiperactivación y síntomas de evitación. Los síntomas intrusivos hacen referencia a la aparición recurrente de recuerdos involuntarios, sueños angustiosos o imágenes mentales relacionadas con el suceso traumático. La hiperactivación, por su parte, se manifiesta en forma de irritabilidad, sobresaltos desproporcionados, dificultades de concentración o insomnio. Por último, los síntomas de evitación implican la tendencia a eludir pensamientos, conversaciones, lugares o personas que remiten al trauma, así como el distanciamiento emocional o la incapacidad para recordar aspectos del suceso.

Los análisis estadísticos revelaron que la única dimensión del TEPT que mostró diferencias significativas en función del parentesco fue la intrusión. En concreto, los resultados del análisis de varianza (ANOVA) indicaron una diferencia estadísticamente significativa entre grupos ($F(79,2) = 3,833$, $p = 0,026$, $\eta^2 = 0,088$), lo que representa un tamaño del efecto moderado. Este hallazgo sugiere que el grado de parentesco con la víctima tiene un efecto relevante en la intensidad de los pensamientos y recuerdos invasivos asociados al trauma.

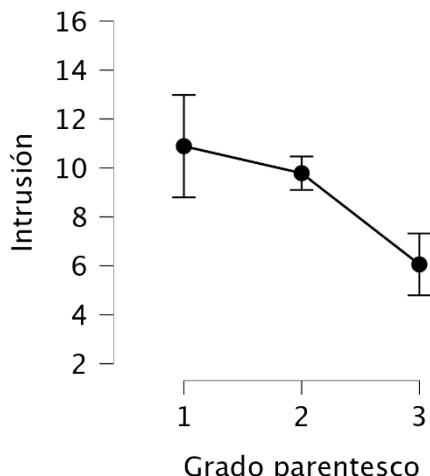
Tal como se observa en la figura, los familiares de primer grado (hijos, hermanos o cónyuges) presentan una puntuación claramente superior en la dimensión de intrusión en comparación con los familiares de segundo y tercer grado. En cambio, los descendientes más lejanos —como los nietos o sobrinos nietos— muestran niveles considerablemente más bajos de sintomatología intrusiva. Estos datos sugieren que el impacto del trauma, en términos de su persistencia e intensidad emocional, es más severo en quienes estuvieron más cerca de la víctima tanto en el plano afectivo como generacional. Este patrón puede explicarse, al menos en parte, por la exposición directa o cercana a los acontecimientos traumáticos y a sus consecuencias inmediatas. Los familiares de primer grado no solo sufrieron la pérdida en un plano íntimo y afectivo, sino que a menudo también estuvieron implicados en los procesos de búsqueda, represión posterior, silencio institucional o estigmatización social. Todo ello incrementa la carga emocional y puede favorecer la aparición de síntomas intrusivos persistentes, incluso décadas después del hecho traumático.

Por el contrario, los familiares más jóvenes o más alejados del núcleo afectivo directo acceden al trauma de forma más mediada: a través de relatos familiares, documentos históricos o procesos de recuperación de la memoria como exhumaciones o conmemoraciones. Aunque esta experiencia puede ser igualmente movilizadora desde el punto de vista político o identitario, sus efectos psicológicos tienden a manifestarse de forma menos sintomática y menos vinculada a la vivencia directa del horror. Cabe destacar que, a pesar de que se exploraron también las dimensiones de evitación e hiperactivación, no se observaron diferencias estadísticamente significativas entre los grupos en estas variables. Esto sugiere que, si bien las estrategias de afrontamiento y los niveles generales de activación emocional pueden mantenerse relativamente estables entre generaciones,

la dimensión intrusiva es particularmente sensible al grado de cercanía con la víctima y, probablemente, al carácter no resuelto del duelo en el entorno familiar inmediato.

Figura 2.

Sintomatología de estrés postraumático según el grado de consanguinidad con el familiar asesinado o represaliado.



Nota. La gráfica refleja que familiares de 1º y 2º consanguinidad manifiestan mayores síntomas postraumáticos de intrusión. Especialmente, los familiares de 1º grado de consanguinidad (que perdieron a un/a parente/madre o cónyuge) seguidos de los familiares de 2º grado (hermanos o abuelos).

Elaboración propia.

Asimismo, cabe destacar que los participantes de este estudio presentaron una puntuación media de 39.8 en el Inventory Texas Revisado de Duelo (Faschingbauer et al., 1987), lo que indica niveles elevados de sintomatología asociada al duelo. Este resultado incluye a familiares de segundo y tercer grado de consanguinidad, quienes no vivieron directamente los eventos traumáticos en cuestión. Estos hallazgos sugieren la existencia de un duelo prolongado y desautorizado dentro del contexto español, posiblemente influido por factores históricos y culturales relacionados con la transmisión intergeneracional del trauma. Durante la dictadura española, se impuso un sistema totalitario que exaltaba la victoria militar. Por lo tanto, incluso los familiares de soldados forzosamente reclutados, que murieron en combate, no podían mostrar abiertamente su dolor por la pérdida. Estos soldados, considerados "Caídos por Dios y por España", simbolizaban el "Nuevo Estado" franquista (Cazorla, 2016). Un ejemplo de este dolor reprimido es el caso de una familia que nunca recuperó los restos de un soldado muerto en el desembarco fallido del Castillo de Olite. El padre, incapaz de recuperar el cuerpo de su hijo, llenó una botella con arena de la playa de Cartagena, donde su hijo murió, para mantenerlo simbólicamente presente. Esta botella fue heredada por la hija, quien deseaba ser enterrada con ella. Este acto muestra cómo las familias no podían expresar libremente su tristeza durante la dictadura.

Durante décadas, el miedo, la represión y la coerción impusieron un silencio total sobre las pérdidas humanas, impidiendo a las familias hablar abiertamente sobre lo ocurrido. Sin embargo, este dolor se transmitió a las generaciones posteriores en forma de duelo, caracterizado por culpa, evitación, estrés postraumático y recuerdos constantes de las víctimas. Dos mujeres nacidas en la posguerra relatan cómo, a partir de los años 70, su padre les habló en privado sobre la pérdida familiar. Mantienen viva la memoria de su ser querido con orgullo, mezclando con rabia y rencor hacia los responsables. Afirman: "Solo queremos que se respete nuestro derecho a saber qué fue de ellos y dónde están sus restos para rendirles el homenaje que merecen. Olvidar, jamás. Queremos justicia y reparación."

Otro participante, que conoció la historia de su abuelo durante el periodo democrático, señala: "Nunca lo conocí, así que mi conexión afectiva es más objetiva, pero me indigna la injusticia de no saber dónde está. Lo más doloroso ha sido ver el vacío y el sufrimiento que dejó en mi abuela, quien durante años intentó reunir pruebas sobre lo que ocurrió. Un nieto de otra víctima recuerda: "Sabe que mi abuelo fue fusilado por ser republicano y socialista. Mi madre nunca lo conoció, pero su ausencia fue una injusticia que vivimos como familia. Participamos en acciones memorialistas para honrarlo y a todos los asesinados por el fascismo."

4. Rituales como mecanismo de superación del duelo

Al analizar cómo el duelo ha sido legado a las generaciones siguientes, no es de extrañar que, en los últimos años, se haya intensificado el esfuerzo por recuperar los restos de las víctimas de la Guerra Civil Española. Este impulso ha sido respaldado por la Ley para la Recuperación de la Memoria Histórica de 2007 y su actualización con la Ley de Memoria Democrática en 2021, promoviendo numerosos proyectos universitarios y asociativos dedicados a la excavación de fosas comunes. Sin embargo, estos esfuerzos no se originaron en 2007; durante la transición democrática ya se realizaban trabajos de recuperación impulsados por familiares (De Keragant, 2023). Desde el año 2000, la creación de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica dio mayor visibilidad y eficacia a estas iniciativas. Durante la Guerra Civil Española y la dictadura, muchas personas no lograron recuperar los restos de sus familiares, especialmente aquellos del bando derrotado. A pesar de estos avances, los datos revelan una situación preocupante. Sin embargo, en los últimos años, el número de proyectos financiados por el gobierno ha aumentado para apoyar estas iniciativas de recuperación.

Figura 3.
Recuperación de restos mortales

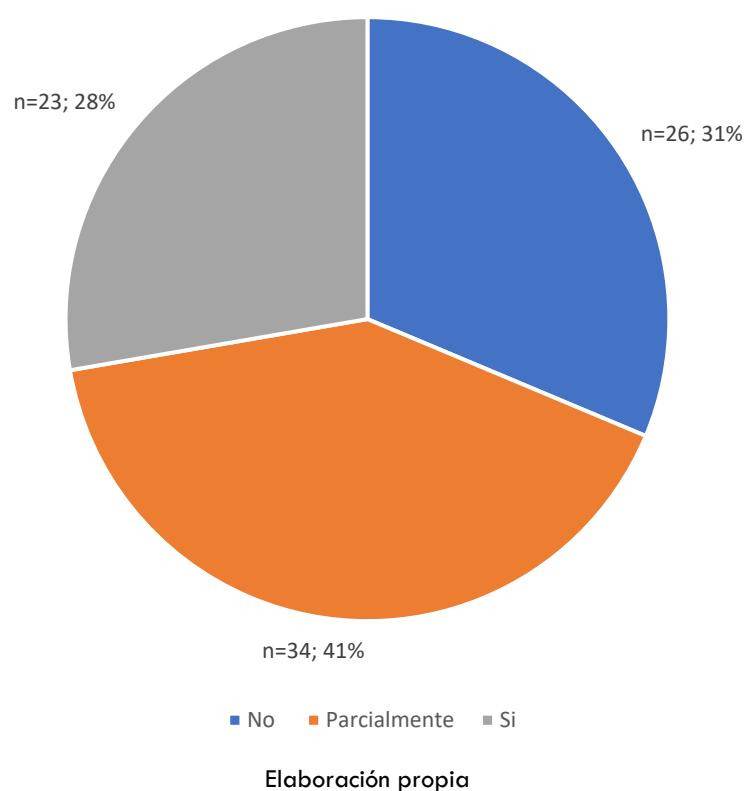


Figura 4.
Ayuda institucional para la recuperación de los restos mortales. Elaboración propia

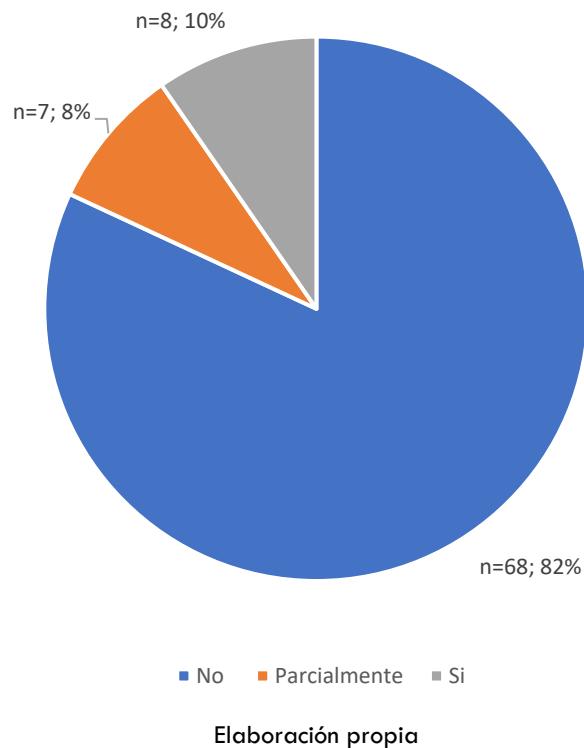
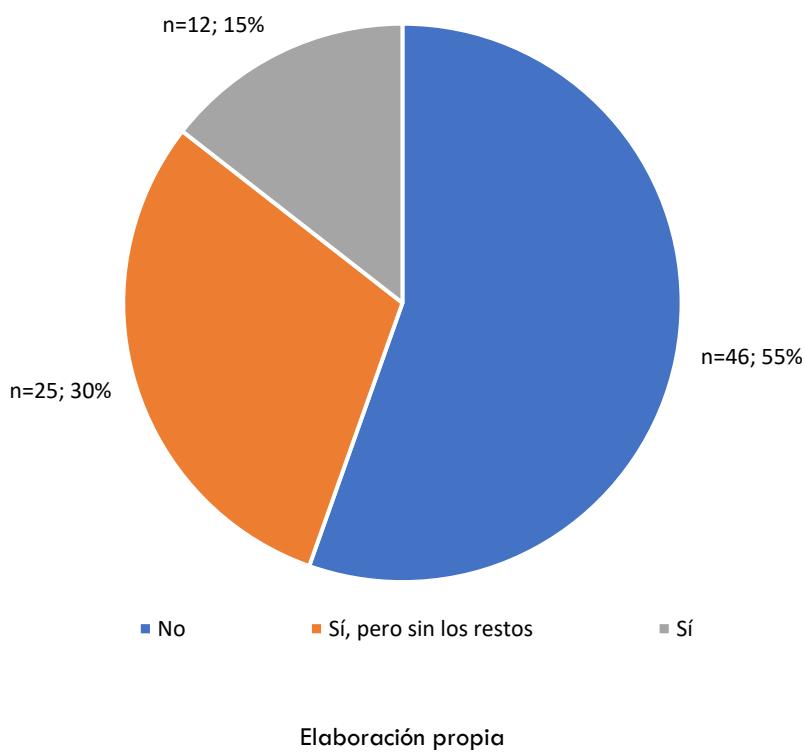


Figura 5.
Ritual en memoria de la víctima.



Según Arnold van Gennep (1986 [1909]), estos ritos son esenciales para el ser humano, y la falta de recuperación de los cuerpos y la consecuente ausencia de un ritual adecuado puede contribuir al desarrollo del proceso de duelo. Esto explica por qué algunos decidieron realizar estos rituales incluso sin los restos presentes. Estos datos resaltan la relevancia de los ritos de duelo en las sociedades modernas que han acompañado a la humanidad desde sus orígenes (Nevado y González, 2017). La naturaleza de estos rituales depende en gran medida de las creencias religiosas de los familiares, en su mayoría de segunda generación. En algunos casos, estos actos fueron de carácter laico, mientras que en otros adoptaron formas religiosas, particularmente católicas. Clifford Geertz (1992) señaló que estos ritos poseen una profunda connotación cultural y simbólica, uniendo vida y muerte para honrar y recordar al fallecido, incluso en aquellos casos donde el difunto no era conocido personalmente. Esta transmisión del duelo, fenómeno que se analizará con mayor detalle más adelante, es fundamental. Victor Turner (1988 [1969]) sostiene que los ritos ayudan a las personas y comunidades a procesar la pérdida, expresando el dolor y proporcionando una estructura simbólica que facilita la adaptación. Émile Durkheim (1992) argumenta que los ritos permiten a la comunidad expresar solidaridad, mantener la cohesión social y reafirmar normas y valores. Además, estos ritos suelen tener un simbolismo sociopolítico, dado el contexto de muchos de los asesinatos (Roy Wagner, 1981). Los ritos funerarios no sólo honran al fallecido, sino que ayudan a las culturas a organizar la experiencia de la muerte, compartido, permitiendo a la comunidad reafirmar su identidad en momentos de crisis.

Uno de los aspectos más relevantes abordados en el estudio es la relación entre la posibilidad de recuperar los restos mortales de los familiares asesinados o desaparecidos y la realización de rituales conmemorativos en su memoria. Esta relación no solo tiene implicaciones psicológicas, sino también simbólicas, familiares y políticas. Los datos obtenidos muestran una asociación estadísticamente significativa entre ambas variables ($\chi^2 = 21.537, 6 \text{ gl, } p = 0.001$), lo que indica que existe una relación no aleatoria entre haber recibido apoyo para la recuperación de los restos y la realización de actos rituales. El análisis pone de manifiesto que la recuperación material de los restos no es una condición indispensable para llevar a cabo un homenaje o ceremonia conmemorativa. De hecho, destaca el dato de que aproximadamente un 30% de las familias realizó rituales incluso sin contar con los restos, lo que subraya la fuerte carga simbólica y emocional de estas prácticas. Esta cifra, lejos de ser menor, adquiere especial relevancia si se tiene en cuenta que durante más de cuatro décadas (dictadura franquista y transición silenciosa), las restricciones políticas, el miedo, el estigma y la ausencia de reconocimiento institucional impidieron o desincentivaron cualquier forma de duelo público o reparación simbólica. Por tanto, el hecho de que una parte considerable de las personas haya podido ejercer estas prácticas, incluso en condiciones adversas, refleja una voluntad activa de resignificar la memoria familiar y resistir el olvido impuesto por el silencio institucional.

Tabla 1.
Relación entre percepción de ayuda institucional percibida y rituales conmemorativos.

Ritual conmemorativo	¿Ha recibido ayuda para recuperar los restos mortales?			T otal
	No nte	Parcialme nte	Sí	
No ha realizado ritual	21 (91%)	1 (4 %)	1 (4%)	23
No, pero le gustaría realizarlo	18 (78%)	4 (17%)	1 (4 %)	3
Ha realizado un ritual, pero sin los restos mortales	22 (88%)	2 (8%)	1 (4 %)	5
Ha realizado un ritual con los restos	6 (54%)	0 (0%)	6 (45%)	2
Total	67 (81%)	7 (8 %)	8 (9%)	83

Elaboración propia

La Tabla 1 detalla esta relación cruzando la realización de rituales conmemorativos y el grado de ayuda institucional percibida para la recuperación de restos mortales. En ella se observa que el grupo que ha podido realizar rituales con los restos es el que más apoyo institucional ha recibido: un 45% de quienes han hecho un ritual con restos declara haber recibido ayuda oficial, frente a solo un 4% de quienes han realizado rituales sin restos. Entre quienes no han realizado ningún tipo de ritual, la mayoría (91%) afirma no haber recibido ningún tipo de apoyo institucional. Incluso entre aquellos que desean realizar un ritual, pero aún no lo han hecho, el 78% no ha recibido ningún tipo de ayuda, lo que sugiere que la falta de apoyo institucional puede estar actuando como un obstáculo para la elaboración del duelo. Llama la atención que incluso entre los que no recibieron ningún tipo de ayuda, un 54% ha logrado realizar algún tipo de homenaje a sus seres queridos, lo que revela una fuerte dimensión comunitaria, emocional y política que impulsa estas acciones conmemorativas al margen del reconocimiento estatal.

Estos datos permiten afirmar que, aunque el impulso para conmemorar a las víctimas surge de una necesidad personal y colectiva profundamente arraigada, el apoyo institucional facilita y refuerza significativamente la posibilidad de llevar a cabo estos actos rituales, especialmente en los casos donde es posible acceder a los restos de los familiares desaparecidos. La existencia de programas públicos de exhumación, de acompañamiento psicológico y de reconocimiento oficial no solo tiene una función reparadora en términos jurídicos o administrativos, sino que cumple una función clave en la elaboración del duelo y en la reconstrucción de la memoria familiar e histórica. Asimismo, el estudio revela que los rituales cumplen una función central en la gestión emocional del trauma, ya que permiten cerrar procesos abiertos durante décadas y resignificar la experiencia del dolor en el marco de una narrativa colectiva de resistencia y dignidad. En contextos de violencia política, donde la desaparición y el asesinato se utilizaron como instrumentos de terror, la recuperación de los restos y la realización de rituales conmemorativos se convierten en actos profundamente políticos, en tanto que reafirman el derecho a la memoria, la verdad y la justicia. En conclusión, la correlación entre ayuda institucional y rituales no debe

interpretarse únicamente en términos de causalidad logística (tener los restos facilita hacer el ritual), sino como expresión de una relación compleja entre reconocimiento, reparación simbólica y sanación social. Los datos obtenidos remarcán la importancia de que las instituciones públicas asuman una responsabilidad activa en los procesos de duelo colectivo tras situaciones de violencia extrema, como una guerra civil, para así promover la reconstrucción emocional, la justicia simbólica y la reconciliación democrática.

Tabla 2.
Relación entre realización de ritual de duelo y disponer de los mismos

Ritual conmemorativo	¿Dispone de los restos mortales?			Total
	No dispongo y no sé dónde están los restos mortales	No dispongo, pero creo saber dónde encontrarlos	Sí dispongo de los restos mortales	
No ha realizado ritual	6 (26%)	11 (48%)	6 (26%)	3
No, pero le gustaría realizarlo	12 (52%)	7 (30%)	4 (17%)	3
Ha realizado un ritual, pero sin los restos mortales	8 (32%)	15 (60%)	2 (8%)	5
Ha realizado un ritual con los restos	0 (0%)	1 (9%)	12 (90%)	2
Total	26 (31%)	34 (41%)	13 (26%)	3

Elaboración propia.

La Tabla 2 examina cómo influye la disponibilidad —real o percibida— de los restos mortales de los familiares represaliados en la decisión de llevar a cabo, o no, rituales conmemorativos. Este análisis busca entender el papel que juega la recuperación física de los restos en el proceso de cierre emocional y simbólico del duelo. Los resultados del análisis estadístico muestran una relación significativa entre ambas variables ($\chi^2 = 33.415$, 6 gl, $p < 0.001$), lo que confirma que la posibilidad de acceder a los restos condiciona en gran medida la realización de rituales de homenaje. Entre las personas que no han realizado ningún tipo de ritual, destaca que un 48% afirma saber dónde se encuentran los restos, aunque aún no ha accedido a ellos. En cambio, un 26% ni dispone de los restos ni sabe con certeza su localización, lo que podría estar actuando como una barrera emocional y logística para avanzar en el proceso de duelo. Es decir, la ausencia de información y de acceso dificulta enormemente la elaboración simbólica de la pérdida.

Entre quienes desean realizar un ritual, pero no han podido hacerlo aún, el patrón es aún más claro: más de la mitad (52%) tampoco dispone de los restos ni sabe dónde están. Esto sugiere que la falta de información o la imposibilidad de localización concreta es uno de los principales factores que impide la realización del homenaje, incluso cuando existe la voluntad manifiesta de hacerlo.

Por otro lado, entre quienes sí realizaron un ritual sin disponer físicamente de los restos, un 60% cree saber dónde se encuentran los restos de su familiar, lo que indica que el mero hecho de

contar con una posible ubicación simbólica puede ayudar a algunas personas a llevar a cabo un acto de recuerdo o reconocimiento. Sin embargo, un 32% de este grupo sigue sin tener información ni acceso a los restos, lo que pone de manifiesto que, en ciertos casos, el impulso de conmemorar supera las barreras impuestas por la falta de recursos o de apoyo institucional. Aun sin los restos, muchas familias buscan formas de resignificar la ausencia mediante rituales simbólicos que dan sentido al recuerdo.

Finalmente, entre quienes sí han logrado recuperar los restos mortales, la gran mayoría ha realizado un ritual conmemorativo, lo que subraya la enorme relevancia que tiene la recuperación física de los cuerpos en el proceso de duelo familiar e histórico. Disponer de los restos no solo permite un cierre emocional más concreto, sino que también facilita la creación de un espacio físico —una tumba, una lápida, un lugar de memoria— desde el cual recordar, honrar y transmitir el legado de la víctima a las generaciones futuras.

Estos resultados deben entenderse en un contexto histórico marcado por la represión prolongada del duelo público. Durante la dictadura franquista, las familias no solo sufrieron la pérdida violenta de sus seres queridos, sino también la prohibición de rendirles homenaje o expresar su dolor en público, lo que supuso una doble victimización. Esta imposibilidad de llevar a cabo los rituales propios de una despedida digna generó una crisis emocional, identitaria y psicológica en los familiares directos, al negarles el consuelo del reconocimiento social y del apoyo colectivo.

Con la llegada de la democracia, las generaciones que vivieron directamente la represión —padres, madres, hermanos— comenzaron a compartir lo ocurrido, abriendo paso a una transmisión intergeneracional del dolor y del recuerdo. Esta memoria, durante tanto tiempo silenciada, empezó a ser recuperada y resignificada por las siguientes generaciones. En particular, la "generación de los nietos" ha desempeñado un papel fundamental en los últimos años, asumiendo la responsabilidad de preservar la memoria de sus antepasados y de exigir justicia y reparación. Para muchas de estas personas jóvenes, la recuperación de los restos y la realización de rituales no son únicamente actos familiares, sino también gestos profundamente políticos y éticos que simbolizan la lucha contra el olvido y la dignificación de quienes fueron perseguidos por motivos ideológicos. En conclusión, los datos reflejan que la posibilidad de acceder a los restos mortales tiene un impacto directo en la realización del duelo, y que la falta de información, apoyo institucional o acceso físico continúa siendo una barrera importante. No obstante, también demuestran que el deseo de honrar a los seres queridos puede abrirse camino incluso en condiciones adversas, gracias al compromiso familiar, a las redes comunitarias y a la movilización de la memoria en el presente.

5. Conclusión y discusión

El objetivo de este artículo fue analizar cómo el duelo persistió de manera particular entre los familiares de las víctimas de la Guerra Civil española, manifestándose de múltiples formas, y cómo este duelo se transmitió a las generaciones posteriores hasta convertirse en un fenómeno colectivo y duradero. La Guerra Civil española constituye un escenario específico dentro del siglo XX, al tratarse de la guerra civil más larga del periodo, lo que provocó un número excepcionalmente elevado de muertos y desaparecidos. Esta prolongación del conflicto intensificó la fractura social y emocional, generando consecuencias más profundas que en otros contextos europeos. A esta violencia prolongada se añadió un factor diferencial: tras el final de la guerra no se produjo una normalización democrática, sino la imposición de un régimen represivo de larga duración, comparable únicamente, en el contexto europeo, a lo ocurrido tras la Guerra Civil rusa de 1917 o tras la Guerra Civil griega. Esta continuidad de la represión impidió la elaboración pública del duelo y agravó el sufrimiento de las familias, al mantener el miedo, el silencio y la exclusión durante décadas.

Los resultados del estudio muestran que la ayuda institucional recibida para la recuperación de los restos mortales está significativamente asociada con la intensidad del duelo experimentado por los familiares. En particular, la posibilidad de recuperar los restos influye directamente en la decisión de realizar rituales conmemorativos. Las personas que no realizaron rituales fueron, en general, quienes menos apoyo institucional recibieron, mientras que aquellas que pudieron realizar un ritual con los restos contaron con mayor ayuda, aunque no de manera uniforme. Estos datos subrayan la importancia del reconocimiento institucional como elemento clave para facilitar el cierre del duelo. El reconocimiento institucional no elimina la pérdida, pero valida el dolor, lo hace socialmente visible y favorece la elaboración de un duelo colectivo. La ausencia de intervención no permite procesar adecuadamente el sufrimiento, ya que el paso del tiempo, por sí solo, no satisface las necesidades psicológicas derivadas de la pérdida traumática.

La muerte de un ser querido implica siempre un proceso de adaptación. En este proceso, los ritos funerarios cumplen una función esencial. Estos rituales generan bienestar emocional a través de la afectividad colectiva, el apoyo social y la presencia de otros, reforzando la autoestima y reduciendo el estrés de quienes están en duelo (Yoffe, 2014). Aunque el duelo es una experiencia íntima, se organiza socialmente en torno a las fases del rito funerario. Durante este proceso, los dolientes adoptan conductas simbólicas —como el luto o el cuidado de la tumba— que cumplen una función terapéutica (Pacheco, 2003). Estas prácticas ayudan a comprender la separación definitiva que impone la muerte y a reorganizar el vínculo con el fallecido en el plano emocional y mental. En términos generales, estas prácticas ritualizadas tienen una clara función epistemológica para quienes sufren la pérdida. Por un lado, hacen visible la ausencia y crean un espacio y un tiempo para reconocer la separación física del ser querido. Por otro, permiten construir un marco cognitivo y afectivo en el que el doliente interioriza que el vínculo solo puede mantenerse en el plano simbólico. Sin embargo, en el contexto de la Guerra Civil española, este proceso se vio gravemente alterado por las condiciones extremas del conflicto y de la posguerra. La lucha por la supervivencia, la falta de recursos y la imposibilidad de realizar rituales tradicionales dieron lugar a duelos postergados o no resueltos, con efectos duraderos sobre la salud mental.

La imposibilidad de acceder a los restos de los seres queridos y las restricciones impuestas sobre los rituales, tanto religiosos como civiles, intensificaron la carga psicológica de las familias. Muchos de estos efectos habían sido teorizados previamente desde la antropología y el psicoanálisis, especialmente en relación con la transmisión intergeneracional del trauma. No obstante, mediante una metodología mixta que combina herramientas de las ciencias humanas y sociales con instrumentos de la psicología, este estudio demuestra empíricamente que el duelo y el estrés postraumático pueden transmitirse al menos hasta la tercera generación. Este hallazgo supone un hito en el conocimiento científico sobre las consecuencias de la violencia política y ofrece una base sólida para el diseño de políticas públicas de memoria, orientadas no solo al reconocimiento del pasado, sino también a la reparación emocional y al cierre de heridas sociales que, de otro modo, continúan abiertas a lo largo del tiempo.

Por otra parte, los resultados muestran que el grado de consanguinidad influye de forma clara en la manifestación de los síntomas de estrés postraumático. Los familiares de primer grado presentan una mayor frecuencia de síntomas intrusivos, como recuerdos recurrentes, imágenes no deseadas y sueños angustiosos relacionados con la pérdida. Sin embargo, la puntuación media en la escala de duelo indica que, incluso entre los familiares de segundo y tercer grado —que no vivieron directamente la dictadura—, el duelo sigue siendo elevado y, en muchos casos, desautorizado. Esto pone de relieve la persistencia del impacto del trauma a lo largo de varias generaciones y sugiere la necesidad de analizar cómo el duelo se mantiene y se transmite incluso cuando el contacto directo con el evento traumático es limitado o inexistente. En este sentido, Doka

(1989) sostiene que cada sociedad establece normas que determinan qué pérdidas y qué relaciones son consideradas legítimas para ser lloradas públicamente. A partir de esta idea, identifica cuatro situaciones que pueden dar lugar a un duelo desautorizado: (1) cuando la persona afectada no logra procesar adecuadamente el duelo; (2) cuando la relación con el fallecido no es reconocida socialmente o está estigmatizada; (3) cuando no se realizan rituales que faciliten la elaboración de la pérdida; y (4) cuando la persona que sufre percibe que no tiene derecho a expresar su duelo (Doka, 1989; citado en Jones y Beck, 2007). Además, la privación de derechos, entendida como la negación o devaluación de los rituales públicos que permiten conmemorar la pérdida, contribuye de manera significativa a este tipo de duelo al limitar las formas socialmente aceptadas de procesar el sufrimiento (Corr, 2002).

La Guerra Civil española y la dictadura franquista interrumpieron de forma sistemática la posibilidad de completar este ciclo de duelo mediante rituales sociales y comunitarios. Como consecuencia, esta tarea quedó desplazada hacia las generaciones posteriores, que hoy buscan recuperar los restos de sus familiares y ofrecerles una despedida digna. Dominick LaCapra define este proceso como “desasosiego empático”, una forma de relación con el trauma en la que se intenta situarse simbólicamente en el lugar del otro, comprender su sufrimiento y reconocerlo, sin llegar a apropiarse completamente de su experiencia (LaCapra, 2005: 97).

Como hipótesis para futuras investigaciones, puede plantearse que la ausencia de rituales y la ruptura de las redes de solidaridad comunitaria incrementaron el trauma colectivo entre los “perdedores” del régimen. Este fenómeno no se limitó a los cuarenta años de dictadura, sino que se prolongó durante un periodo significativo de la transición democrática. Muchos descendientes de las víctimas de la violencia golpista y de la represión franquista desconocen aún el destino de sus familiares. En algunos casos, este silencio se ha explicado por el miedo impuesto por el régimen. Sin embargo, cabe preguntarse si la culpabilidad, la confusión y la falta de comprensión sobre lo ocurrido también contribuyeron a mantener ese silencio durante décadas, incluso en democracia, y si este silencio ayudó a consolidar el régimen dictatorial. Esta interpretación resulta coherente con las reflexiones de Dominick LaCapra sobre la relación entre trauma y consolidación política, con las observaciones de Primo Levi en *Los hundidos y los salvados*, y con las ideas de Erich Fromm sobre la interiorización de la coerción y la vulnerabilidad social generada por el dolor y el sufrimiento prolongados.

Finalmente, cabe destacar una serie de limitaciones que comprometen la generalización de los resultados. En primer lugar, entendemos que la diversidad en los vínculos familiares con las víctimas (por ejemplo, hijos o cónyuges frente a familiares más lejanos) puede influir en la experiencia emocional. Por otra parte, el reclutamiento en asociaciones de memoria histórica podría haber introducido un sesgo de selección al incluir principalmente a individuos con un mayor interés o involucramiento emocional en el duelo. Por otra parte, se debe señalar como una limitación a este estudio la no diferenciación territorial, pues daría interesantes matices al trabajo. A modo de hipótesis, podemos señalar que en lo que se refiere a esta investigación, las diferencias no deberían ser muy notables, pues participaron en el cuestionario individuos de toda España y con casuísticas distintas. Es cierto, que otros aspectos como ser frente de batalla, sufrir bombardeos o terminar en el exilio, pudo afectar a los individuos la pérdida de su familiar y tener un mayor índice de duelo en los test realizados. La vivencia cotidiana con la violencia en los territorios que fueron conquistando los sublevados pudo afectar en la psique de toda la población, por lo que debe tenerse en cuenta en futuros trabajos vinculados a esta investigación.

Tomados en conjunto, estos hallazgos muestran que la falta de reconocimiento institucional y la ausencia de espacios adecuados para expresar y elaborar la pérdida aumentan tanto la necesidad de reconocimiento como el malestar psicológico de las personas afectadas. Cuando el

dolor no es reconocido públicamente ni acompañado por mecanismos sociales o institucionales, la experiencia de pérdida se ve agravada y puede vivirse como una forma de abandono o negación del daño sufrido. Esta omisión puede interpretarse, por parte de las víctimas y sus descendientes, como una subestimación del sufrimiento experimentado. En este sentido, la pérdida no se limita únicamente a la ausencia física de un ser querido. Implica también la privación de una historia de vida compartida, de proyectos interrumpidos y de vínculos afectivos que no pudieron desarrollarse plenamente. La imposibilidad de cerrar ese vínculo mediante rituales, reconocimiento o reparación prolonga el impacto emocional de la violencia y dificulta la integración de la experiencia traumática en la biografía individual y colectiva.

Este estudio aporta perspectivas relevantes para la gestión de pérdidas colectivas y para la promoción de la salud mental en contextos marcados por la violencia política y la represión. Al demostrar empíricamente la persistencia del duelo y su transmisión intergeneracional, pone de relieve la necesidad de abordar estas experiencias no solo desde el ámbito privado, sino también desde el espacio público y las políticas institucionales. De cara a futuras líneas de investigación, resulta especialmente pertinente explorar cómo las intervenciones comunitarias, los procesos de recuperación de restos, los rituales colectivos y las políticas de memoria pueden apoyar a los descendientes de las víctimas en la reconstrucción de la narrativa histórica familiar y en el cierre del duelo. En este sentido, la principal aportación de este trabajo reside en ofrecer una base empírica sólida para el diseño de políticas del pasado orientadas no solo al reconocimiento simbólico, sino también a la reparación emocional y social. Estas políticas, basadas en la evidencia científica y en una comprensión profunda del trauma y del duelo, pueden contribuir de manera decisiva a cerrar heridas sociales, reducir el sufrimiento acumulado a lo largo de generaciones y fortalecer una convivencia democrática fundada en el reconocimiento, la dignidad y la justicia histórica.

Referencias

- Alexander, J. C. (2009). *Remembering the Holocaust: A debate*. Oxford University Press.
- Allée, M. (1998). La ritualización de la pérdida. *Anuario de Psicología*, 29(4), 67-82.
- Allouch, J. (1995). *Érotique du deuil au temps de la mort sèche* (2e éd.). Epel.
- American Psychiatric Association. (2022). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales: Texto revisado* (5^a ed.). Editorial Médica Panamericana.
- Applebaum, A. (2004). *Gulag: A history*. Anchor.
- Ariès, P. (1977). *L'homme devant la mort*. Seuil.
- Arnabat, R., & Puente, G. (2015). *Els bombardeigs sobre la població civil a Catalunya durant la Guerra Civil espanyola (1936-1939)*. Publicacions URV.
- Assmann, A. (2016). *Shadows of trauma: Memory and the politics of postwar identity* (C. S. Elwes, Trans.). Fordham University Press. (Original work published 2006).
- Barthes, R. (2009). *Journal de deuil (1977-1979)*. Seuil.
- Barthes, R. (2018). *The death of the author*. Libros Macay. (Original work published 1968).

- Binford, L. (1988). *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*. Crítica. (Original work published 1983).
- Boss, P. (2001). *La pérdida ambigua. Cómo aprender a vivir con un duelo no terminado*. Gedisa.
- Butler, J. (2004). *Precarious life: The powers of mourning and violence*. Verso.
- Butler, J. (2009). *Frames of war: When is life grievable?* Verso.
- Casado, V. (2001). *Aceptar la pérdida: El proceso de duelo y sus fases*. Paidós.
- Cazorla, A. (2000). *Las políticas de la victoria: la consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*. Marcial Pons.
- Cazorla, A. (2016). *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975*. Alianza.
- Collins, R. (2009). *Cadenas rituales de interacción*. Anthropos.
- Corr, C. A. (2002). Revisiting the concept of disenfranchised grief. *Disenfranchised grief: New directions, challenges, and strategies for practice*, 39-60.
- De Keragant, Z. (2023). *Remover cielo y tierra: Las exhumaciones de víctimas del franquismo en los años 70 y 80*. Comares.
- Del Arco, M. A. (ed) (2020). *Los «años del hambre»: Historia y memoria de la posguerra franquista*. Marcial Pons
- Doka, K.J. (2002). *Duelo privado de derechos: nuevas direcciones, desafíos y estrategias para la práctica*. Champaign, IL: Research Press
- Dolan, A. (2023). "I have lost a lot by fighting for my country": Reckoning with the Irish Revolution. *Contemporary European History*, 32(4), 587–603. <https://doi.org/10.1017/S0960777323000xxx>
- Durkheim, E. (1992). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Akal.
- Eyerman, R. (2011). *The cultural sociology of political assassination*. Palgrave MacMillan.
- Eyerman, R., Alexander, J. C., & Breese, E. (Eds.). (2011). *Narrating trauma: On the impact of collective suffering*. Paradigm Publishers.
- Fernández-Alcántara, M., Pérez-Marfil, M. N., Catena-Martínez, A., & Cruz-Quintana, F. (2017). Grief, loss and end of life processes. *Studies in Psychology*, 38(3), 553-560.
- Ferrandis, F. (2014). *El pasado bajo tierra: Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*. Anthropos
- Ferrández Martín, F. J. (2014). *El pasado bajo tierra: Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*. Anthropos.
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Giesen, B. (2004). The trauma of the perpetrators: The Holocaust as the traumatic reference of German national identity. In J. C. Alexander, R. Eyerman, B. Giesen, N. J. Smelser, & P. Sztompka (Eds.), *Cultural trauma and collective identity* (pp. 112-154). University of California Press.
- Goldbeter-Merinfeld, E. (2003). *El duelo imposible: Las familias*. Herder.

- Gómez Bravo, G. (2017). *Geografía humana de la represión franquista*. Crátedra.
- González Ruibal, A. (2016). *Volver a las trincheras: Una arqueología de la Guerra Civil Española*. Alianza Editorial.
- Hernando Gonzalo, A. (1997). Sobre la prehistoria y sus habitantes: Mitos, metáforas y miedos. *Complutum*, 8, 247-262.
- Hirch, M. (2021). *La generación de la posmemoria*. Carpe.
- Humphreys, S. C., & Kung, H. (1982). *An anthropology and archaeology of death*. Academic Press.
- Jones, S.J. y Beck, E. (2007). Disenfranchised grief and nonfinite loss as experienced by the families of death row inmates. *Omega*, 54(4), 281-299.
- Kaës, R., Faimberg, H., Enríquez, M., & Baranes, J.-J. (1996). *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Amorrortu Editores España SL.
- Kalyvas, S. N. (2002). *The logic of violence in civil war*. Cambridge University Press.
- Kokosalakis, Y., & Leira-Castiñeira, F. J. (2025). Introduction: Civil war in word and deed: Dimensions of violence in Europe's age of civil wars. In Y. Kokosalakis & F. J. Leira-Castiñeira (Eds.), *Violence and propaganda in European civil wars: Dimensions of conflict, 1917–1949*. Routledge.
- LaCapra, D. (1998). *History and memory after Auschwitz*. Cornell University Press.
- LaCapra, D. (2001). *Writing history, writing trauma*. Johns Hopkins University Press.
- LaCapra, D. (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Prometeo. (Original work published 1998).
- Lee, C. (1995). *La muerte de los seres queridos: Cómo afrontarla y superarla*. Plaza & Janés.
- Leese, P. (2002). *Shell shock: Traumatic neurosis and the British soldiers of the First World War*. Palgrave Macmillan.
- Leira Castiñeira, F. J. (2020). *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar*. Siglo XXI España.
- Leira-Castiñeira, F. J., & Sakkas, J. (2025). Introduction. In F. J. Leira-Castiñeira & J. Sakkas (Eds.), *Patterns of violence behind the lines in Europe's civil wars*. Palgrave Macmillan.
- Leys, R. (2000). *Trauma: A Genealogy*. University of Chicago Press.
- Lostec, F. (2025). Collaborators vs. resistance fighters. In F. J. Leira-Castiñeira & J. Sakkas (Eds.), *Patterns of violence behind the lines in Europe's civil wars*. Palgrave Macmillan.
- Magaña Loarte, M., Bermejo, J. C., Rodil, V., & Villacieros, M. (2022). Importancia de la despedida en el proceso de duelo. *Revista de Psicoterapia*, 33(122), 129-142.
- Martín-Ríos, R., & Leira-Castiñeira, F. J. (2025). "Kill or be killed": Psychological approaches to decision-making and moral judgements in civil wars. In Y. Kokosalakis & F. J. Leira-Castiñeira (Eds.), *Violence and propaganda in European civil wars: Dimensions of conflict, 1917–1949*. Routledge.
- Nevado, M., & González, J. (2017). *Acompañar en el duelo: De la ausencia del significado al significado de la ausencia*. Declée de Browuer.

- Nuckols, A. (2019). *Narrativas postraumáticas de duelo persistente en la España del siglo XXI* [Unpublished doctoral dissertation]. Universitat de València.
- O'Halpin, E. (2025). The Irish Civil War in comparative perspective. In F. J. Leira-Castiñeira & J. Sakkas (Eds.), *Patterns of violence behind the lines in Europe's civil wars*. Palgrave Macmillan.
- Pacheco, G. (2003). Perspectiva antropológica y psicosocial de la muerte y el duelo. *Cultura de los Cuidados*, 14, 27-41.
- Prada, J. (2006). *De la agitación republicana a la represión franquista. Ourense 1934-1939*. Ariel
- Preston, P. (2011). *El holocausto español: Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Debate.
- Preston, P. (2013). *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution and Revenge*. Harper Press
- Rodrigo, J. (2008). *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*. Alianza.
- Sakkas, J. (2025). Violence in the Greek Civil War, 1943–1949. In F. J. Leira-Castiñeira & J. Sakkas (Eds.), *Patterns of violence behind the lines in Europe's civil wars*. Palgrave Macmillan.
- Savage, J. A. (1992). *Duelo por las vidas no vividas*. Luciérnaga.
- Shephard, B. (2002). *A war of nerves: Soldiers and psychiatrists in the twentieth century*. Pimlico.
- Sole, Q. (2008). *Els morts clandestins. Les fosses comunes de la Guerra Civil a Catalunya (1936-1939)*.
- Stroebe, M. S., & Schut, H. (2001). Models of coping with bereavement: A review. In M. S. Stroebe, R. O. Hansson, W. Stroebe, & H. Schut (Eds.), *Handbook of bereavement research: Consequences, coping, and care* (pp. 375–403). American Psychological Association.
- Tizón, J. L. (2004). *Pérdida, pena, duelo: Vivencias, investigación y asistencia*. Paidós.
- Tsoutsoumpis, S. (2025). The logic of violence during the Greek Civil War, 1946–1949. In Y. Kokosalakis & F. J. Leira-Castiñeira (Eds.), *Violence and propaganda in European civil wars: Dimensions of conflict, 1917–1949*. Routledge.
- Turner, V. W. (1988). *El proceso ritual: Estructura y antiestructura*. Taurus. (Original work published 1969).
- Vargas Solano, R. E. (2003). Duero y pérdida. *Medicina Legal de Costa Rica*, 20(2), 47-52.
- Vedia Domingo, V. (2016). Duero patológico: Factores de riesgo y protección. *Revista Digital de Medicina Psicosomática y Psicoterapia*, 6(2), 12-34. Recuperado de
- Ventrone, A. (2025). The move from words to deeds. In F. J. Leira-Castiñeira & J. Sakkas (Eds.), *Patterns of violence behind the lines in Europe's civil wars*. Palgrave Macmillan.
- Wagner, R. (1981). *The invention of culture*. University of Chicago Press.
- Yoffe, L. (2014). Rituales funerarios y de duelo colectivos y privados, religiosos o laicos. *Avances en Psicología*, 22(2), 145-163.
- Zeitlin, F. I. (1998). The vicarious witness: Belated memory and authorial presence in recent Holocaust literature. *History and Memory*, 10(2), 542.